

## LA INPREDICABILIDAD DE LO MÍSTICO

¿Adónde te escondiste,  
amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huíste,  
Habiéndome herido;  
Salí tras ti clamando y eras ido.  
(Cántico espiritual. San Juan de la Cruz)



**CAMILO  
CASTILLO**  
Universidad  
Santo Tomás

Lo que pretendo con este escrito es mostrar que lo místico en filosofía tiene dos caras, a saber, que por un lado es pertinente que el filósofo se pregunte por el fenómeno e intente develarlo, pero por otra parte, es iluso pretender que él con su arsenal teórico revele todo lo relacionado con lo místico. Estas son, pues, las dos tesis que intentaré defender en este breve escrito.

Una de las pretensiones de la filosofía ha sido la de *ver más allá de lo puramente empírico*, y por este motivo, si llegare el filósofo a observar a alguien en un trance místico, no diría lo del vulgo, que sería algo así como “*ese hombre está loco, dejémoslo en medio de sus movimientos y alucinaciones*”. En cambio, el filósofo de mirada atenta podría preguntarse ¿Qué le sucede a ese hombre?, ¿cuáles son las causas de su comportamiento?, ¿cómo nombrar aquel suceso que lo hace salirse de sus cabales y parece que lo hace comportarse de una forma distinta?; en primer lugar, después de haberlo visto lo invitaría a un tinto y comenzaría a bombardearlo con las preguntas antedichas. El hombre, abordado por los cuestionamientos, comenzará a contarle una historia sobre algo acaecido en su vida, y en el momento crucial de la historia, el relato se volverá confuso; este pobre hombre no sabe que palabras usar para encerrar de una buena vez todos esos sentimientos que se agolpan en su pecho. El filósofo se extraña de la narración de aquel hombre, y comienza a notar que puede articular algunos conceptos, a los cuales el discurso racional quita parcialmente el manto oscuro de la “experiencia mística”. Pero la misma incapacidad del sujeto por comunicar su vivencia dificulta su trabajo, pues los datos dados por el individuo no son infalibles, sino mutantes y etéreos, siendo imposible crear una cimentación sólida del fenómeno. La consecuencia es un acercamiento parcial, no absoluto y de pocas generalizaciones, llevando únicamente un mínimo margen de acción para poder penetrar de una manera total el problema; en definitiva, la filosofía debe preguntarse por lo místico, pero no podemos esperar que lo diga todo sobre el particular.

¿Por qué el hombre de la “experiencia mística”, cuando va contar la parte crucial de la historia, pierde el habla, se emociona, y su corazón late más fuerte? La razón puede estribar en que el lenguaje descriptivo es insuficiente para explicitar esta experiencia; tomemos un ejemplo. Cuando el apóstol Pablo<sup>1</sup> cae del caballo y cree que Jesús lo llama su servicio por su nombre —dos veces, cómo lo había hecho con

<sup>1</sup> El hecho de tomar un ejemplo del cristianismo, no es una negación de las místicas de otras religiones, o de personas que sin tener ningún tipo de conexión con la religión padezcan de este tipo de afecciones. Si nombro una experiencia cristiana, se debe a que tengo un mayor conocimiento de la tradición judeocristiana, que de las otras grandes religiones.



<sup>2</sup> Lo subjetivo es toda aquella experiencia que es propia del sujeto individual, que en algunas ocasiones puede ser comunicable y en otras no.

<sup>3</sup> El lenguaje estético es aquel propio de las obras poéticas o literarias, del cual podemos decir, sin necesidad de mayor comprobación, que es totalmente distinto del uso en la filosofía o en las ciencias.

los grandes profetas de Israel— no puede expresar de una manera concreta su vivencia, simplemente se limita a contar eso que le sucedió camino de Damasco; también es difícil tildar a Pablo de orate, ya que esta experiencia subjetiva es imposible de juzgar como verdadera o falsa, pues si se le cree, se lo hace por fe, y si se le niega no se lo hace con medios empíricos. El lenguaje descriptivo se contrae ante sucesos subjetivos<sup>2</sup>. Si se define la mística como la relación de un sujeto con el absoluto, en la cual, uno y otro son afectados, entonces, ha de seguirse la dificultad de horadar hasta el fondo lo místico, pues su lenguaje es más cercano a la estética que a la racionalidad<sup>3</sup>.

Lo anterior se debe a la ambigüedad del lenguaje estético. Si nos fijamos en el epígrafe, podemos interpretar que el autor de ese trozo de poema se está refiriendo a un hombre, a Dios, a un mozalbeta que conoció en un paseo por la villa, un amante anónimo que furtivamente se entrometió en los aposentos de la amada, y que luego huyó apresuradamente sin dejar rastro. ¿Quién es el amado de San Juan?, ¿por qué utiliza una poesía para expresar su vivencia?, ¿acaso no puede hacerlo en prosa, con la sistematicidad propia del estudiante salamantino discípulo de fray Tomás de Vitoria?, ¿por qué Tomás de Aquino en su lecho de moribundo, dijo que todo lo que había escrito en la Suma Teológica eran pajas, y que aquello que había visto no concordaba con lo que había escrito?, ¿tuvo Tomás una experiencia mística? Un lenguaje teórico, propio de la filosofía o de la ciencia, tiene que ser estricto, riguroso; no puede entretenerse en juegos retóricos o ambigüedades, debe carecer de encubrimiento. Por el contrario, al místico no le interesa que lo entiendan, mientras que al filósofo y al científico sí, ya que su manera de expresarse exige claridad, en algunos casos hasta concisión. Pero la expresión estética a través del lenguaje necesita del anfibolismo, porque lo que necesita comunicar no puede hacerlo de una manera precisa sino escondida y velada, entonces, la consecuencia es la inpredicabilidad de muchos de sus enunciados, pues el lenguaje estético, encubre muchas de las experiencias del artista, dándonos a conocer sólo una parte del sentimiento prístino.